

ña, y ayudada por el doctor permaneció de pié, gozosa y lanzando una exclamacion de júbilo, que para Jacobo era la señal de triunfo.

De aquel modo se revelaba al mismo tiempo el progreso del pensamiento en el cerebro y de la fuerza en los músculos.

Como en los niños, se desarrollaban los dos gemelos, uno terrestre y otro divino, el cuerpo y el alma, con la diferencia de que Eva se habia retrasado seis ó siete años.

## VIII.

Prima ché spunti l'aura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 2625 MONTERREY, MEXICO

Era un adelanto suficiente para colmar de júbilo á Merey, pero era un progreso relativo.

Eva empezaba á distinguir lo que se encontraba al alcance de su vista, pero parecia insensible al ruido, puesto que por grande que fuera no volvia la cabeza.

Una idea acudió á la imaginacion de Merey, la cual varias veces le habia ocurrido, pero que, temiendo adivinar la verdad, no habia querido profundizar, y era que la pobre niña estaba sorda.

Un dia en que jugaba con Escipion sobre el césped y que demasiado débil aun para sostenerse sobre sus piernas se apoyaba en el suelo con piés y manos, el doctor, quien por ella habia descuidado por completo crisol y retortas, subió á su laboratorio, tomó una pistola, la cargó, y llegando casi hasta tocar á Eva, la disparó.

Escipion dió un salto, ladró, se lanzó entre los bosquecillos y los registró para averiguar qué pieza de caza habia matado su amo.

Pero la niña ni aun se estremeció. Siguió con la vista al perro y parecia que sus vueltas la divertian, haciéndole señas con la mano para que volviera, pero era indudable que se ocupaba del efecto sin saber la causa.

Entonces determinó el doctor emplear la electricidad como auxiliar del plan curativo.

Dos ó tres veces por mes caia la niña por espacio de veinticuatro, treinta ó cuarenta horas en un estado total de entorpecimiento, y entonces Jacobo Merey la friccionaba con un cepillo eléctrico, la hacia tomar baños preparados del mismo modo y aplicaba un conducto eléctrico al oido durante media hora ó una.



Tres meses despues renovó el doctor la experiencia de la pistola.

La niña se estremeció y volvió la cabeza; Merey comprendió que Eva era muda porque no oía, pero que desarrollando el órgano del oído hablaría sin duda ninguna.

Todavía faltaba mucho para obtener este resultado, de modo que el doctor continuó con la electricidad.

La niña físicamente estaba bien, y cada día adquiría fuerzas y robustez, así es que Merey inventó otra tentativa.

El infeliz carretero á quien había hecho la operación de la pierna, además de los trescientos francos de renta, había obtenido el ser pregonero del Ayuntamiento, y su trompeta era popular en Argenton.

Apenas oían su sonata acostumbrada, y la única que sabía, la población entera corría hácia la plaza con ese afán que tienen las ciudades pequeñas por saber noticias, por lo mismo que no son frecuentes.

Un día que pasaba por delante de la puerta del médico, este le llamó, y Basilio, con toda la ligereza que le permitía su pierna de palo, subió las escaleras.

Basilio miraba al doctor como á un Dios, y habiendo visto la lluvia de beneficios con que le había colmado la Providencia, no sentía su desgracia, comprendiendo que jamás hubiera obtenido con las dos piernas sanas, lo que con una sola.

Jacobo le dijo que deseaba tocarse la sonata más aguda, á lo que contestó el ex-carretero que no sabía más que una, pero que podría, si no era para oídos muy delicados, subirla un tono; á lo que el doctor le contestó que nada importaba, aun cuando desafinase.

Era en los primeros días del invierno y ambos subieron al laboratorio, en donde una estufa mantenía el calor á 18 ó 20 grados, por lo que Eva estaba ligeramente vestida, tendida sobre el lomo de Escipion y con el gato en brazos.

El *Presidente*, á pesar de su lustrosa y blanca piel y de estar destinado á los juegos de la niña, no por eso la quería tanto como Escipion, porque siempre hay algo de tigre en el gato, y Marta, que

lo cuidaba y lo mimaba, no se libraba por esto de un arañazo.

Pero jamás *Presidente* se había propasado con la niña, y nunca sus uñas habían surcado el blanco cutis de Eva, ni habían salido de su estuche aterciopelado.

El doctor encargó á Basilio que entrara poco á poco, no por la niña, que no le oiría, sino para no asustar al perro y al gato; de modo que á pesar del ruido que hacía la pierna de palo que Basilio debía á la generosidad del doctor, llegaron, gracias á la alfombra, sin ser sentidos hasta una vara de distancia del pintoresco grupo que formaban la niña y los dos animales.

Escipion y el *Presidente* tenían el oído demasiado diestro para no aperebirse de la llegada de dos personas; pero como una era el amo y sabían sus buenas intenciones, no se movieron; además, Basilio no les era completamente extraño, pues varias veces le habían visto hablar con el doctor estando Escipion acostado en la puerta al sol y el gato encima del tejado.

En cuanto á la trompeta, no tenían tanta inteligencia para comprender su uso, y con los ojos medio cerrados siguieron el movimiento de la mano que la conducía á la boca.

De repente resonó la tocata con tal estrépito, que el gato de un salto rompió un cristal y huyó al tejado y Escipion lanzó un aullido lúgubre, mientras que Eva rompía á llorar.

La tentativa tenía buen resultado, pero era preciso saber si la niña lloraba por la fuga del gato y el susto de Escipion, ó porque los sonidos llegaban hasta ella.

Merey hizo seña á Basilio para que callara ínterin Eva continuaba llorando.

Cuando cesaron sus lágrimas, el doctor cogió al perro por el collar para que no se moviera y le dijo á Basilio que volviera á empezar.

Triunfante el carretero con el éxito, acercó la trompeta y la hizo resonar de un modo tan agudo y amenazador, que Eva renovó su llanto é hizo un movimiento para huir.

No había duda: Eva no lloraba por el susto de sus dos fieles compañeros, sino porque había oído el instrumento.



El doctor, satisfecho con el resultado, dió al músico un escudo de seis libras, que no sin mucha dificultad aceptó el pobre hombre, ofreciendo al doctor volver cuando este quisiera, de cuya oferta no se aprovechó Merey.

Escipion, benévolo, manso y bueno, volvió á ocupar su puesto en cuanto salió Basilio; pero más rencoroso y desconfiado el *Presidente*, no volvió hasta la hora de la comida.

A pesar de la lentitud con que caminaba la curacion de la niña, pues ya hacia cerca de dos años que estaba en casa del doctor, este se sentia henchido de júbilo, porque ya no dudaba del éxito.

Pasaron tres meses más y la niña continuó con el plan curativo auxiliado por la electricidad, aunque en escala descendente, pues el doctor temia cansarla demasiado, y al cabo de ese tiempo encargó á Paris un órgano, pues aun cuando en la iglesia habia uno, como el párroco y los otros sacerdotes dudaban mucho de la religion de Jacobo Merey, no le hubieran permitido hacer la experiencia que deseaba.

Como al tratarse de Eva estaba dispuesto á todo, y fundaba grandes esperanzas en la influencia de la música, habia hecho con placer el gasto de uno de esos órganos de salon que costaban entonces ciento cincuenta ó doscientos doblones, porque Alejandro no existia, y era preciso encargarlo á Alemania.

Cuando Basilio tocó la trompeta, adquirió el doctor la certeza de que Eva, no solo oia, sino que llegaria á tener buen oido musical, porque sus lágrimas eran efecto sin duda del dasafinamiento del instrumento y de la poca armonía que encerraba.

La instalacion del órgano, sobre el que tanto contaba Merey, fué un verdadero acontecimiento, porque no consistia solo en colocarlo con el aplomo que necesitan esa clase de instrumentos, sino que Jacobo Merey deseaba que ningun sonido se escapase antes del dia en que sus melodiosos acordes produjeran el efecto deseado, no solo en el oido, sino tambien en el corazon de Eva.

Empezaban los dias de primavera, esa maravillosa estacion en la cual se esparce por toda la naturaleza un flúido mágico, como una cadena de amor que hace crear nuevos séres y une con un lazo

más ardiente á los que ya han gozado de su poética influencia.

Era la tercera vez que brotaban los capullos de los árboles con las primeras hojas de Abril desde que Eva, encerrada como un boton de invierno, esperaba en casa del doctor los rayos de aquel sol vivificador: tenia ya diez años.

En una de aquellas mañanas que llenaban todas las condiciones primaverales y en las que hasta las cosas más insignificantes é inanimadas sienten su influjo, Jacobo Merey aguardó á que se levantara la niña; despues abrió la ventana para que inundaran los rayos del sol el laboratorio, atrajo las ramas de hiedra que pendian del tejado y formó con ellas un velo que disminuyera su fuerza; acostó á Eva en aquella corriente bienhechora; y mientras que la veia sonreirse y extender sus delicados miembros con ese bienestar que siente la criatura al encontrarse bajo la mirada del Creador, se dirigió al órgano, abierto de antemano, y preludió los primeros compases de Cimarosa, *Prima che spunti l'aura*.

Jacobo no era un profesor, pero sí un aficionado que reunia todas las cualidades intelectuales, musicales y poéticas que están de acuerdo con un corazon noble y un alma elevada.

Hubiera sido poeta, pintor, y sobre todo músico, si el anhelo de hacer bien no le hubiera impulsado por la senda de los Cabanis y Condorcet.

Así pues, el órgano vibró con una melodía original, con sonidos prolongados y melancólicos, y como el doctor se habia colocado de manera que pudiera observar el efecto, vió que al primer torrente de armonía Eva se estremeció, levantó la cabeza, sonrió, y llegó hasta él ayudándose apenas con las manos, y sosteniéndose en el sillón, se puso derecha y aspiró con delicia aquel raudal melodioso que se escapaba de las manos del doctor.

Lleno de júbilo el doctor, la tomó en sus brazos; pero Eva le separó suavemente y dejó caer su mano sobre las teclas de marfil, escuchando con satisfaccion aquel extraño y largo gemido.

Pero no trató de renovar el ensayo: su mano cayó inerte, como si comprendiese que le era imposible obtener los sonidos que acabó de escuchar.



Entonces, con palabras inarticuladas, trató de hacer comprender la doctor lo que deseaba, y Merey, que no vivía sino para ella, comprendió aquel incomprensible lenguaje y continuó la pieza de música que había empezado.

En el jardín hacia todos los años su nido una familia de ruiseñores, y el doctor había prohibido que se asustase ni al macho en las ramas, ni á la hembra en el nido, ni á los polluelos, así es que volvían al mismo sitio y reedificaban su albergue en una espesura cercana al pabellon que formaban las ramas entrelazadas de los tilos.

Las órdenes de Jacobo Merey se cumplían religiosamente, y todos los años, del 5 al 8 de Mayo, empezaban á escucharse los maravillosos trinos del nocturno huésped.

Jacobo, pues, aguardaba su vuelta con impaciencia; quería ver el efecto que causaba en Eva el instrumento más bello de la creación, el canto del pájaro.

Serían como las once de la noche del 7 de Mayo, cuando se oyeron en el laboratorio del doctor los primeros gorgoros.

Jacobo Merey había observado que cuando despertaba Eva por sí misma estaba más contenta que cuando la despertaban; pero demasiado interesado en aquella prueba, no podía aguardar á que cantara el ruiseñor á una hora en que estuviera la niña despierta, así es que la condujo á pesar de su mal humor al pabellon del jardín, quejándose y suspirando.

Pero á medida que oía más cerca á la canora ave, la serenidad se reflejaba en su rostro: abría los ojos cual si anhelara ver mejor de noche que de día, y su anhelosa respiración se calmaba por momentos escuchando con sus cinco sentidos.

Cuando el doctor la colocó bajo el emparrado, se puso de pié sin apoyo ninguno, y formando el equilibrio con sus brazos, se dirigió hácia el sitio en donde cantaba el ruiseñor.

Era la primera vez que andaba; ya no se podía dudar; oía, y todos los sentidos se desarrollarian impulsados por los sonidos, y muy pronto la vida intelectual no sería ya un misterio para la niña, gracias á la ciencia, de la cual había dicho el Señor esta palabra del Evangelio:—*Ephata.*—Abrete.

La niña se contempla, el perro bebe.

Cuando la inteligencia penetra por esa puerta, ya no se cierra.

Había en Argenton un infeliz loco, quien, como Basilio, debía su curación al doctor y cuya gratitud era inmensa; se llamaba Antonio.

Tal vez tendría otro nombre, pero ni él ni los demás se habían ocupado de esto; su locura consistía en creerse la *justicia eterna y el centro de verdad.*

¿Cómo ideas tan profundas hallaban cabida en el cerebro de un aldeano?

Verdad es que por esa razón le volvían loco: el doctor había logrado tranquilizar su locura, pero siempre se creía *la justicia eterna y el centro de la verdad.* Según él, estaba en comunicación con Dios.

En todo lo demás tenía juicio, y se observó que la locura le había prestado ideas elevadas desconocidas para él anteriormente.

Antes de su enfermedad era aguador, é interrumpido su oficio ínterin se curaba, volvió á emprenderlo en cuanto estuvo mejor porque no podía hacer otra cosa para ganar su subsistencia.

Recorria la ciudad tirando de su carreta, en la cual llevaba el tonel y el cubo que le servía para acarrear el agua á las casas; pero su mano derecha siempre la llevaba colocada detrás de la oreja, como una concha, para escuchar la voz de Dios y no perder una sola de las palabras piadosas que el Señor le dirigía.

Antes de entrar en la habitación de cada casa donde desocupaba el cubo de agua, hería la tierra tres veces con el pié, y decía con voz de trueno:



—*¡Esfera de justicia! ¡Centro de verdad!*

El doctor era uno de sus mejores parroquianos, y fuera en la cocina ó en el laboratorio, siempre echaba tres ó cuatro cubos de agua.

De ocho á nueve de la mañana era cuando se presentaba.

Algunos dias despues del concierto nocturno dado por el ruiseñor, y que accediendo á los deseos de Eva se repetia todas las noches, la niña se encontraba levantada por primera vez á la hora en que Antonio llamaba en casa del doctor.

Como de costumbre, abrió la puerta, dió tres golpes con el pié, y gritó:

—*¡Esfera de justicia! ¡Centro de verdad!*

La niña se volvió asustada y lanzó un grito, que tenia la expresion de llamada.

Jacobo Merey, que se encontraba en la pieza contigua, acudió gozoso y satisfecho porque era la primera vez que la voz de Eva tenia entonacion.

El doctor la tomó en sus brazos y la acercó á Antonio: la niña hizo un movimiento de terror.

Era bastante para aquel dia; Antonio se alejó á una seña de Jacobo, pero encargándole Merey que volviera diariamente para que Eva se acostumbrara á él, como sucedió, pues al cabo de algunos dias le aguardaba con impaciencia y se reia al oír su voz.

Una mañana, advertido por el doctor, no fué: Eva manifestó impaciencia, se levantó y llegó hasta la puerta, delante de la cual permanecia de pié, porque ignoraba el modo de abrirla.

Entonces volvió hácia el doctor; pero al ver un pañuelo de seda encarnado que tenia rodeado al cuello se olvidó de Antonio y empezó á tirar de la bufanda.

El doctor se la desató y la puso en sus manos.

La niña la enarboló como una bandera, y riendo á carcajadas trató de ponérsela: esto fué un rayo de luz para Merey.

Preguntóse á sí mismo si la coquetería no seria un móvil poderoso para despertar nuevas sensaciones y pensamientos en su creacion. Algunas veces habia notado que las miradas de la niña se fija-

ban en las flores de colores fuertes y vivos, y como era la hora de bajar al jardin, la condujo á su sitio acostumbrado.

El ruiseñor tenia su nido, sus hijuelos, familia, en fin, por lo que no cantaba, porque ya se sabe que los cuidados de la paternidad le conducen hasta el extremo de imponerse el silencio más absoluto mientras que la hembra saca las tres nidadas.

Jacobo Merey se sentó sobre un banco reflexionando, ínterin Eva jugaba con Escipion en el césped que regaba el estanque, y que estaba rodeado por la verja y á orillas del arroyuelo, cuya profundidad no podia causar temores; además de que, si se hubiera caido, el perro la hubiera sacado inmediatamente.

El doctor, sin ocuparse más que de su pensamiento, miraba distraido á la niña y al perro, los que de repente llamaron su atencion por su inmovilidad.

La niña y el animal estaban tendidos al márgen del arroyo: el perro bebia; Eva se habia puesto el pañuelo de Merey en la cabeza, y se miraba en el raudal cristalino: despues se puso de rodillas y continuó contemplándose.

Ya hemos visto que el doctor se ocupaba ménos hacia algun tiempo del cuidado físico que del moral y de la inteligencia, y como en aquella época estaban en boga las ciencias ocultas, no descuidaba aplicar sus secretos más ignorados para el plan curativo de su pupila.

Hasta los siete años, la pobre niña no habia tenido más que trajes groseros que, cómo decia la madre del leñador, costaba mucho tener limpios.

La anciana no pensaba en adornar á una niña á quien nadie veía, y que ni ella misma comprendia si estaba bien ó mal.

El doctor, al dejarla casi desnuda, habia sido con el objeto de desarrollar con el aire y el sol los movimientos de su cuerpo, que, como en todos los temperamentos linfáticos y escrofulosos, carecian de fuerza y de vigor.

Cuando Eva se despertó al dia siguiente, encontró sobre una silla cerca de su cama un vestido grana bordado de oro, y del cual no separó los ojos hasta que entró Marta y la ayudó á bajar de la cama.



Entonces, como ya andaba sin apoyo, se dirigió hacia el vestido, y creyendo que se lo querían quitar, lo asió con todas sus fuerzas, y Marta, por más que quiso hacerla entender que aquel vestido era para ella, no pudo conseguirlo.

Pero cuando Eva vió que hacia el movimiento de ponérselo, juntó las manos, se dejó vestir, y más aun, peinar sus cabellos rubios, cosa que jamás se hacia sin lágrimas.

Su cabellera empezaba á crecer y á ondear sobre sus hombros.

El tocador duró largo tiempo y fué minucioso y conforme á las instrucciones del doctor.

Jacobo se presentó una hora despues de estar vestida, llevando un espejo en la mano, mueble desconocido en la cabaña del cazador furtivo y colocado demasiado alto en el laboratorio del doctor para que hasta entonces Eva hubiera podido conocer su utilidad.

Era uno de esos espejos magnéticos cuyo origen se remonta hasta los tiempos fabulosos del Oriente; un espejo como aquellos en que se miraban las reinas de Saba y de Babilonia, las Nikaulis y las Semíramis, y con los cuales pretenden trasmitir los cabalistas á sus iniciados el privilegio de segunda vista.

Jacobo Merey le habia comunicado por señas su voluntad, su objeto, sus intenciones, animándole, en fin, si aquellos de nuestros lectores que no están iniciados en las ciencias ocultas nos permiten usar esta palabra.

Humanizar la materia, encargarla que trasmita el fluido eléctrico de un pensamiento, actos calificados como quimeras por la ciencia, los explicaba Jacobo por medio de la simpatía universal.

Los académicos de ciencias en general, y los de medicina en particular, nos dispensarán, pero nuestro doctor pertenecía á la escuela de los filósofos peripatéticos.

Creia, como ellos, en la existencia de un alma divina, universal, que da vida y pone en movimiento todo lo sensible, pero de la extincion de la cual se ocupa el Todopoderoso como de la encantada mariposa que pliega sus alas y deja de existir.

Pensaba que todo en la creacion se ligaba entre sí: las plantas, los metales, los seres vivientes, y que los bosques se agitaban y

ejercian esa influencia mútua, esa accion y reaccion de la cual todavía buscan los espiritistas el secreto y desarrollan las teorías.

¿Por qué han de ser el hierro y el iman los únicos elementos que se unan el uno con el otro, y qué sábio daria una definicion más determinante de esto que de un espíritu viviente atrayendo hacia sí el alma de un muerto?

La base de esta influencia constituia el mecanismo de la fisica ignorada, á la cual han atribuido Cornelio Agrippa, Cardan, Porta, Zirkker, Bayle y otros los efectos maravillosos de la varita adivinatoria, y en general todos los numerosos fenómenos de atraccion.

Para Jacobo Merey la naturaleza se resumia en estas dos palabras:

*Hacer y sufrir.*

Si se le creyera, todo lo viviente exhala torbellinos de materia sutil, y el aire, ese inmenso Océano de flúidos respiratorios, es el conductor de esos átomos suspendidos en la atmósfera.

Esos corpúsculos preservan la naturaleza y producen en ciertas personas los mismos resultados que el completo de la sustancia de donde emanan.

Ahora bien; tal es la fuerza de la voluntad humana, que traza un inevitable camino á través y á pesar de los movimientos materiales á esas emanaciones de átomos y los hace pasar de un cuerpo á otro, auxiliada por multitud de desconocidos agentes que gobierna.

A los que no querían creer que en la naturaleza hubiera misterios desconocidos y fuera del círculo limitado de los conocimientos, Jacobo Merey los hacia comprender que todavía el mundo era un enigma, y que es absurdo marcar el límite de nuestros sentidos y de nuestra razon al movimiento universal de la existencia.

Sin conceder al espejo mágico la confianza y la credulidad que le concedian los sábios de la Edad media, Jacobo Merey creia haber observado que depositados en el espejo los átomos de un pensamiento del mismo modo que se fijan los del mercurio á pesar de ser tan movibles y poco duraderos, esos átomos, esas moléculas, ese



polvo inteligente, destinado para otra persona, solo ella lo absorbe y lo recoge.

Esto era el magnetismo, que despues han practido Puysegur y sus iniciados.

Uno de esos espejos imantado y animado por la voluntad de Jacobo, fué el que llevó á su laboratorio.

Lo mismo que el cielo, en cuya superficie se evaporan las nubes y que poco á poco va apareciendo en todo su esplendor y pureza, así se empezaba á conocer que la idiota era hermosa.

Pero todavía no era más que una estatua que la naturaleza modelaba para hacer ver á los estatuarios que su arte es falso y ridículo cuando solo se aplica á demostrar la belleza plástica, y que carece de animacion y vida, la que se busca en vano en aquellos ojos inmóviles.

Considerada detenidamente aquella criatura, dejaba no solo de ser hermosa, sino viviente.

Aquel rostro inmóvil, á sus correctos y frios rasgos, á las líneas admirables pero inanimadas, las faltaba la principal belleza, la expresion.

Era al contrario del cuento árabe, en el que el bruto, bajo la capa de la fealdad, ocultaba el talento.

En la pupila del doctor, la hermosura cubria la *nada*, es decir, la falta total del pensamiento.

El perro, viendo á su ama tan embellecida, la contemplaba con admiracion: despues, como al pasar delante del espejo se habia visto á sí mismo, empezó á tirar de la niña para que se mirara tambien.

Así fué: una sonrisa indefinible se dibujó en su frio y soñoliento rostro, el que hasta entonces habia expresado el dolor, algunas veces la tristeza, pero rara vez el júbilo.

Sentia sin duda esa vaga tentacion de felicidad y de satisfaccion que sintió el Creador cuando vió la belleza de la creacion, sensacion que las criaturas han gozado tambien al creerse dignas de su sublime autor.

Entonces, en aquella garganta que jamás habia modulado más que sonidos roncós é inarticulados, se formó una palabra completa,

aunque balbuciente, y se oyeron dos sonidos que más bien parecian el balido de una oveja, que no una palabra humana:

—Be... ella, bella.

Es decir, soy hermosa.

Era la flor que se tornaba mujer.

Las metamórfosis de Ovidio no eran fábulas; se podia cambiar la naturaleza de un sér y darle la conciencia de sí mismo, impulsarle hácia ideas y sensaciones nuevas.

Estos resultados aparecieron súbitamente á la imaginacion del doctor y ya no dudó de su obra.

Eva contaba doce años cuando aquel conjunto de letras hizo pronunciar á sus lábios la primera palabra.